

La caída de Cartagena

Por Antonio Diego Duarte Sánchez

"Cada vez nos parecemos más a ellos". Magón se refería a la simbiosis de carácter entre los hispanos y a sus propios ejércitos y colonos, claro. "Cuando tenemos ejército no tenemos general, cuando tenemos general no tenemos ejército y, ahora que hemos conseguido tres de cada, el enemigo decide irse lejos de todos ellos."

O algo parecido debió pensar Magón Gisgón a principios de la primavera de 209 a.d.C., sólo 18 años después de la refundación púnica de la antigua ciudad íbera de Mastia. Seguramente trataría de mantener el rostro tan imperturbable como se esperaba del Comandante jefe de la guarnición de Kart-Hadasht, pese a ser plenamente consciente de lo que se le venía encima: un general como Publio Cornelio Escipión, báculo de la República, como su propio cognomen indicaba, un esclavo-cronista griego, Polibio, 25000 infantes romanos y 2500 de a caballo contra sus 1000 hombres. "Armaré a dos mil ciudadanos y que sea lo que Tanit quiera..."

Hasta el día de hoy, sigue siendo un misterio por qué ni Asdrúbal Barca, acampado en la Carpetania; Magón Barca, en las Columnas de Hércules, o Asdrúbal Gisgón en la desembocadura del Tajo, fueron incapaces de unir sus fuerzas para recuperar su capital peninsular.

En siete días, forzando la marcha y protegiendo su retirada con las 35 naves del legado Lelio, que navegaban siguiendo la costa, Escipión se colocó frente a las murallas púnicas. Cualquier ejército enemigo estaba al menos a diez días de marcha. El asalto tendría que ser, y fue, violentísimo. La importancia del puerto era indiscutible y el botín...

Cuatro días de fortificación y bloqueo naval, 35 naves contra 18, y dos días de combates, con una repentina salida púnica que terminó en retirada ante la fortaleza romana, sellaron el destino de Kart-Hadasht, cuya media luna cartaginesa sería ocultada por las águilas romanas. Carthago Nova, una redundancia propia de campesinos itálicos, sería el nombre que acompañaría desde entonces a la ciudad de las cinco colinas.

Los más de trescientos rehenes liberados; el agradecimiento sincero aunque momentáneo, como casi siempre eran los sentimientos de aquellos hispanos locos, del caudillo Mandonio y del régulo Indíbilis le reportó a Publio la alianza nada desdeñable de pueblos a los que era mejor tener como amigos que como enemigos.

Magón conoció Italia, lo que no deja de tener su interés, y puede que acabara sus

días en su patria tras el intercambio de prisioneros que siguió al tratado de paz.

Los hispanos, tan divididos como antes, tan feroces como antes y tan volubles como siempre tardarían aún doscientos años en doblar definitivamente la cerviz ante las águilas que, a fin de cuentas, no son tan distintas de los buitres encargados de, si eran buenos en combate y morían como Netón mandaba, subir sus almas al cielo. Bajo las alas auxiliares conquistarían su nueva ciudadanía sirviendo en los limes imperiales, darían cuatro emperadores a Roma, algún que otro filósofo y literato y miles de generales en potencia y seleccionadores de fútbol.

Dos mil doscientos treinta y cuatro años después, nada ha cambiado realmente demasiado....

Murcia, a 20 de febrero de 2007.